

No a los corsés

El autor de *Primer testamento* desea expresar su claro no a todo tipo de encorsetamientos. Piensa que habría que saber combinar autodisciplina y gusto por vivir, algo que los de su generación no aprendieron. «Lo enervante —se lamenta— es el desfase. Cuando uno es joven, y las experiencias están a punto, uno carece de lenguaje; cuando uno ha ganado cierto lenguaje, ya apenas tiene experiencias.»

Considera Pániker que la situación política española supuso un importante marcaje para los españolitos. «A mi juicio —escribe—, el vacío cultural que se fue produciendo venía directamente del general Franco; quiero decir que era el resultado de su triste concepción del mundo. De su pobreza de ideas. Y de un tic de aislacionismo frente al rechazo exterior. Lo peor del franquismo fue esa mediocridad anémica y sin enjundia, más chata que lóbrega.»

El autor de *Primer testamento* considera peculiar en él el hecho de no haberse salido nunca del sistema. «Mis desplantes —comenta— eran vagamente existenciales y jamás cuestionaban la validez del sistema». Cree que el factor fundamental que le llevó al mantenimiento de una atmósfera mágico-mítica, fue el hecho de haber gozado siempre de una alta dosis de seguridad afectiva. «Así —señala— que la conservación del “sistema” equivalía a la conservación del afecto. La conservación de la atmósfera mágico-mítica equivalía al mantenimiento de la infancia feliz, la simbiosis fetal con la cultura establecida.»

Más adelante, la vida misma se encargó de deshacer la estrechez del marco de referencia. «Los ruidos, los desórdenes y las “imperfecciones” —escribe Pániker—, me hicieron salir del sueño dogmático. Y no para renegar de lo anterior. Ya digo que tampoco Einstein destruyó a Newton: sólo mostró que la física de Newton era un caso particular de una física más amplia.»

Mejorando con los años

También en el terreno de las creencias religiosas va pasando Pániker por diferentes etapas, aunque nunca va a dejar de definirse como un ser religioso. «Éramos religiosos —dice— porque éramos nostálgicos y utópicos, porque la religión era la única oferta de absoluto, y, también, claro está, por instinto de equilibrio. El desamparo del animal humano no es cosa de broma.»

En su texto autobiográfico, el autor cavila acerca de lo que le hubiera apetecido ser. «A mí me habría gustado ser —escribe— un hombre como Arthur Koestler, tan comprometido con su tiempo, tan amplio en su pesquisa, tan coherente hasta en su muerte; o como mi amigo Edgar Morin, tan universal y candoroso, tan dispuesto a recomenzar el aprendizaje a cada instante. Pero he tenido que contentarme con lo que buenamente he podido, a escala menor y a escala local.»

Pero Pániker reconoce que se está acostumbrando a sobrellevar con ironía su prisión atenuada, que no pretende absolutizar lo que escribe y que, más bien, procura flotar sobre la nada, seguro de que hay algo. «Como hacen los astronautas que pasean por el espacio», dice.

El autor de *Primer testamento* define su trabajo como «los textos de mi inconsistencia». «Porque yo nunca he tenido demasiada consistencia —añade— y sólo cuando me acorralaron contra la nada me ha salido algo real. Por eso, con los años, me parece, voy mejorando.»

Pequeña crónica de una insuficiente rebeldía. Aproximación, todavía burda, a la propia voz. Esto es *Primer testamento*, relato autobiográfico de los primeros veintinueve años de su autor, que transcurren en los tiempos de la trasguerra española, y en el que nos cuenta con estilo ágil y muy personal, de su educación, sexualidad, adolescencia, amor, religión, familia y moral.

Crear y recrear

[...] a bandazos —escribe Juan Goytisolo en los comienzos de su *Coto vedado*—, sujeto a los meandros de la memoria, imperativo de dar cuenta, a los demás y a ti mismo, de lo que fuiste y no eres, de quien pudiste ser y no has sido, de precisar, corregir, completar la realidad elaborada en tus sucesivas ficciones, este único libro, el Libro que desde hace veinte años no has cesado de crear y recrear y, según adviertes invariablemente al cabo de cada uno de sus capítulos, todavía no has escrito.

¿Cómo es posible reconstituir un pasado remoto si incluso el más reciente aparece sembrado de tantas incertidumbres y dudas?, se pregunta Goytisolo. Y se responde: «La opacidad del destino de una buena parte de mi familia es una perfecta ilustración para mí de la impotencia en descubrir y exhumar al cabo de pocos años la realidad tangible de lo que ha sido».

El autor de *Coto vedado*, considera muy importante el hecho de haber sido considerado catalán en Madrid y castellano en Barcelona. De ahí deduce su ubicación «ambigua y contradictoria, amenazada de ostracismo por ambos lados y enriquecida no obstante, por el mutuo rechazo, con los dones preciosos del desarraigo y movilidad».

Goytisolo dice estar convencido de que el binomio fidelidad/desarraigo tocante a la lengua y país de origen es el mejor indicativo de un valor estético y moral. «La libertad y aislamiento —dice— serán la recompensa del creador inmerso hasta las cejas en una cultura múltiple y sin frontera, capaz de trashumar a su aire al pasto que le convenga y sin aquerenciarse a ninguno.»

En cuanto a los porqués de lo que hace cuando se adentra en la tarea, no poco costosa, de hacer una autobiografía, el autor de *Coto vedado* afirma tener «conciencia de la total inanidad de la empresa: amalgama de sus motivaciones e incapacidad de determinar con claridad su objetivo y presunto destinatario: ¿sustituto laico del sacramento de la confesión?, ¿necesidad inconsciente de autojustificarse?, ¿de dar un testimonio que nadie te solicita?, ¿testimonio de quién, para quién?, ¿para ti, los demás, tus amigos, los enemigos?, ¿deseos de hacerse comprender mejor?, ¿despertar sentimientos de afecto o piedad?, ¿sentirse acompañado del futuro lector?, ¿luchar contra el olvido del tiempo?, ¿puro y simple afán de exhibicionismo?»

Goytisolo ve la imposibilidad de responder a estas preguntas y, sin embargo, sí se siente capaz de «el cotidiano martirio de enfrentarse a la página, de poner toda la vida en el tablero, la innumerable realidad material de tu cuerpo, no el oculto con máscaras

y disfraces en la farsa ritual cotidiana, proyección de una imagen errónea destinada a la galería,»...

La orfandad y sus consecuencias

El hecho de haberse quedado huérfano a los siete años de edad, va a suponer para Goytisolo un marcaje importante del que no se dará cuenta hasta mucho tiempo después.

[...] pero las consecuencias de tu orfandad —escribe—, no se manifestarían sino más tarde: extrañamiento de la figura paterna, tibieza religiosa, indiferencia patriótica, rechazo instintivo de cualquier forma de autoridad, cuantos elementos y rasgos plasmarían luego tu carácter guardan sin duda una estrecha relación con aquélla.

La temprana orfandad hace que la figura de la madre quede como en una especie de nebulosa, no bien definida, pero que no deja de actuar desde esa constante de carencia: «... puedes decir que, en estricto rigor, —dice Goytisolo—, más que hijo suyo, de la desconocida que es y será para ti, lo eres de la guerra civil, su mesianismo, su crueldad, su saña: del cúmulo desdichado de circunstancias que sacaron a la luz la verdadera entraña del país y te infundieron el deseo juvenil de alejarte de él para siempre».

Coto vedado nos habla de una infancia muy llena de traumas, que el Juan niño y adolescente trata de compensar con un clara tendencia a la mitomanía. «El inicio de esa etapa de pose e inautenticidad —escribe—, se sitúa alrededor de mis catorce o quince años. Mi propensión a la mitomanía como elemento compensador de los traumas familiares iba a hallar un terreno inmediato en el que extenderse: verter los sueños y fantasías, más o menos miméticos, en papel; redactar, aprovechando la pauta escolar de los veranos, una cálifa de patrañas históricas y de aventuras.»

El progresivo declive económico de la familia debido a los desdichados negocios paternos, y el desnivel existente entre las estrecheces domésticas y las pretensiones sociales, llevó al joven Goytisolo a tenerse que mover en el mundo del quiero y no puedo, en un tener que aparentar lo que no era, mundo que pronto rechazó, y al que nunca más quiso aproximarse. «La vida de este doble cursi y mimético —comenta— fue afortunadamente corta y su reproducción en alguna fotografía tomada en una puesta de largo provoca hoy en mí, al contemplarla, sentimientos mezclados de burla y conmiseración.»

España asolada y yerma

De sus años de bachillerato cursados en los jesuitas y en los Hermanos de la Doctrina Cristiana, Goytisolo recuerda como nota dominante la falta de talla de sus educadores y su introducción en el mundo de la literatura gracias a los consejos de su tío Luis y la biblioteca de su madre. «Autodidacta como casi todos los hombres y mujeres de mi generación —escribe—, mi cultura, forjada a tientas y aun a contracorriente, guardaría mucho tiempo la marca de los prejuicios, lagunas e insuficiencias de una España asolada y yerma, sometida a la censura y rigores de un régimen sofocante.»

En la España de los años 40, procurarse las obras de Orwell o Bernanos, Vallejo o Neruda era patrimonio exclusivo de unos cuantos: «... como con las drogas finas de hoy —dice Goytisolo—, el candidato a la lectura requería a la vez dinero, conexiones y paciencia. Cuando alguno de nosotros lograba echar mano a un ejemplar valioso, éste, una vez leído, circulaba en seguida dentro de nuestro círculo de amigos».

Mirando el panorama desde la perspectiva de hoy, Juan Goytisolo es de la opinión de que lo sucedido entonces con él y con otros escritores era algo inevitable: «Nuestra orfandad intelectual —dice— y el yermo cultural en el que vivíamos nos alentaban a incurrir en los errores y deslices de quienes, privados de todo asidero, se esfuerzan en dar los primeros pasos».

Ante el vacío que descubrían a su alrededor, importaron pieza por pieza de Francia o Alemania, primero, la defensa del behaviorismo y luego, del realismo crítico. «Serían el tributo que pagaríamos —comenta Goytisolo—, a la miseria intelectual de la posguerra en nuestro afán bien intencionado de eliminarla.»

Desde su salida del colegio, el autor de *Coto vedado* se convirtió en un lector frenético. Sus autores favoritos eran entonces Unamuno y Wilde. Con el primero aprendió a plantearse preguntas y alimentar con ellas sus ingenuas zozobras filosóficas. El segundo le enseñó el arte de la contradicción humorística e irrespetuosa.

A los veinte años decide Goytisolo entregarse por entero a la literatura y ser escritor a secas, y así comienza un lento y difícil proceso que quedará recogido en *Juegos de manos* y en *Señas de identidad*. Después viene la etapa de las rupturas, cuando a los veinticinco años se fue a vivir a París. «Ruptura no sólo interior sino física —escribe—, con el ambiente familiar en el que crecí, mi ciudad natal, la Cataluña en la que siempre viví como un extraño, la España opresora y oprimida por Franco, para forjar mi obra y morada vital lejos y en contraposición a todo esto, inmerso en un medio francés, árabe o norteamericano sin integrarme no obstante en ninguno de ellos, apátrida moral y espacial, pero unido fatalmente al idioma en el que expresé mi primer sentido de “diferencia” y a través del cual pude salvarme.»

De sus primeros años de aprendizaje, Goytisolo recuerda una sorprendente discontinuidad: «la existencia de quiebras o rupturas en unos hábitos y normas de conducta que creía firmemente arraigados». Recuerda «el miedo instintivo a franquear el umbral de mi mundo anestesiado y estéril, aventurarme en otras zonas donde de una forma oscura pero cierta presentía que se hallaba la vida, dar el salto en el vacío que me permitiría descubrir lo que en realidad era»...

Salvador Pániker necesitó que le acorralaran contra la nada para que saliera algo real. Juan Goytisolo tuvo que saltar al vacío para descubrir quién era. Todo esto forma parte de la difícil tarea de descubrirse a sí mismo, y poderlo contar.

Como lectora de *Primer testamento* y de *Coto vedado*, siento profundo agradecimiento ante un reconocido esfuerzo que, pienso, ha valido la pena; ese gran esfuerzo que supone poner toda la vida en el tablero.

Isabel de Armas